

fines objetivos dan lugar al imperativo categórico que nos ordena una acción, en cuanto á que tiene un valor absoluto con relación á un fin absoluto.

Ahora, el sér racional en general es un fin absoluto, es decir, que no debe nunca considerarse á sí mismo como un medio, sino siempre como un fin. Todas las veces, por ejemplo, que el hombre obedece á sus inclinaciones con perjuicio de su razón, se sirve de sí mismo como de un medio. Pues, bien, este es el carácter propio de las cosas. Las personas, por el contrario, no deben ser nunca tratadas de esa manera; son cosas en sí, y por tal motivo inviolables y respetables para toda voluntad extraña lo mismo que para sí: lo cual restringe ciertamente la libertad de cada uno, y al mismo tiempo la protege haciendo al hombre respetable para el hombre. La primera fórmula propuesta por Kant se transforma, pues, y debe expresarse en estos términos: "Obra de tal manera que trates siempre á la humanidad, sea en tu persona, sea en la persona de otro, como un fin, no sirviéndote nunca de ella como un medio." Según esta fórmula, nuestras acciones deben no solamente no profanar la humanidad (violando sus derechos), sino estar de acuerdo con ella, es decir, perfeccionarla y mejorarla. De aquí la distinción de los deberes estrictos y de los deberes laxos.

Pero mientras se considere el principio de la moralidad como una ley exterior á que la voluntad está sometida, no se comprenderá nunca que la obedezca simplemente, sin que una fuerza cualquiera ó un atractivo la determine á ello, lo que, hay que confesarlo, sería destruir la universalidad de la ley. No se comprende, pues, la universalidad del principio moral, sino á condición de que sea no sólo una ley de la voluntad, sino una ley querida y dada por ella, en una palabra, á condición de ser una legislación voluntaria del sér racional.

Kant se representa así un reinado de los fines, es decir, cierto, ideal comprendido de todas las voluntades racionales, todas las cuales se ven unas á otras como *fines en sí*; pero que no lo son sino á condición de instituir ellas mismas una ley, estableciéndola al mismo tiempo para todas las voluntades racionales. Este principio es lo que llama Kant la *autonomía* de la voluntad: ese privilegio de participar en la legislación universal, y de no obedecer sino á leyes universales; pero dadas por ellas mismas, es lo único que da á la creatura racional un valor intrínseco y absoluto. Este nuevo carácter de la ley moral se expresa por esta fórmula: "Obra de tal manera que tu voluntad pueda considerarse á sí misma como que dicta por sus máximas leyes universales."

Tres principios resúmen, pues, la doctrina de Kant sobre el deber: 1.º el imperativo categórico; 2.º la humanidad considerada como *fin en sí*; 3.º la *autonomía* de la voluntad.

No puede negarse que esta doctrina contenga algunos de los fundamentos indestructibles de una teoría completa del deber. La separación de la idea del deber y de todo motivo interesado, la obligación absoluta de la ley hecha abstracción del objeto; la universalidad de esta ley; el hombre, en cuanto á creatura libre y racional, considerado como inviolable, en fin la misma ley teniendo su principio en la interioridad misma y en la esencia del sér moral, y no pudiendo nunca resultar de una fuerza ó potencia exterior, que no fuere autorizada y confirmada por el *dictámen* de la conciencia; tales son los puntos verdaderamente sólidos de la doctrina de Kant.

Pueden hacerse, y se han hecho, á esta teoría del deber tres objeciones principales: 1.º Kant deduce la idea del bien de la idea del deber, mientras que lo contrario debería hacerse lógicamente. No se dirá: esto es bueno porque es mi deber, sino es mi deber porque es bueno. 2.º No debe decirse que la ley es dictada por la voluntad, sino por la razón. Un sér obedecerá igualmente, á sí mismo obedeciendo á la razón que á la voluntad; pero al ménos hay allí un principio absoluto y regulador, mientras que no se comprende una voluntad dándose reglas á sí misma: es á lo que parece, el puro capricho. 3.º En fin, Kant considera demasiado al deber como una disciplina, al hombre como un soldado, á la ley como una consigna. La libre iniciativa del individuo, que aun en moral debe tener su parte, casi no ocupa ningún lugar en su doctrina. Tales son las reservas que pueden hacerse á la teoría del deber en la filosofía de Kant, pero esas reservas dejan intactas las bases fundamentales de su análisis.—P. JANET, *miembro del Instituto*.

## LA METAFÍSICA Y EL POSITIVISMO.

(Traducido de la obra intitulada "La ciencia positiva y la metafísica," escrita por M. L. Liard, profesor de filosofía en la facultad de letras de Burdeos, y coronada por la Academia de ciencias morales y políticas.)

(CONCLUYE.)

### III.

Las lagunas que acabamos de señalar en la filosofía positiva no son las únicas. Las ciencias particulares asientan ó suponen sus principios sin darse cuenta de ellos; aplican los procedimientos del análisis inductivo ó de la síntesis deductiva sin establecer su legitimidad. La filosofía positiva, que por definición es el sistema de las verdades capitales en que se condensan progresivamente las ciencias particulares, no procura tampoco, lo mismo que éstas, resolver los problemas implicados en sus principios. Hay, sin embargo, una cuestión, que todo el que niega la metafísica debe resolver; porque si las ciencias colocan inconscientemente, en los principios de que parten y en los procedimientos de que usan, ciertas afirmaciones *a priori*, relativas á las condiciones del pensamiento y de la existencia en general, superiores á la esfera de los fenómenos y más extensas que ella, la ciencia, lejos de ser la negación de la metafísica, podría muy bien contener sus elementos.

No podría decirse que los positivistas ignoran ó desconocen la importancia capital de esta cuestión; pero les parece fácil resolverla, ó mejor dicho, zanjarla. "Las ciencias positivas, dice M. Littré, no toman nada de la metafísica." ¿En qué sentido debe entenderse esa breve y categórica sentencia? ¿Se quiere decir que las ciencias han repudiado todas las concepciones que los metafísicos se habían formado del mundo de los cuerpos y del mundo de los espíritus? Sería un error histórico; porque hoy vemos algunas de esas concepciones, y de las más generales, hacer cuerpo con la ciencia. ¿No es un metafísico, Pitágoras, el primero que ha reducido el universo sensible á los números y á sus relaciones? ¿No es un metafísico, Demócrito, el primero que ha visto en el mundo un mecanismo geométrico? ¿No es también un metafísico, Descartes, quien hallando por otra vía esa concepción de Demócrito, ha arrojado de la naturaleza las entidades y

ca fuera de sí, hace profesion de no admitir más que elementos objetivos. ¿No es éste un nuevo ejemplo de la petición de principio que hemos ya señalado más de una vez?

Toda ciencia es objetiva; es así que el análisis crítico de los conocimientos es subjetivo, luego no tiene nada de científico. Pero lo repetimos; razonar así, ¿no es suponer resuelto lo que está en cuestion? ¿No se trata, en efecto, de saber si toda ciencia es exclusivamente objetiva en el sentido en que el positivismo toma esta palabra, es decir, si se introduce toda entera del objeto al sujeto, ó si por el contrario, no contiene algun elemento subjetivo y *a priori*? Se niega al positivismo su postulado, y para contestar invoca ese postulado como haria con un axioma evidente.

Pero se dice que aún cuando tuviera algun valor científico, el análisis crítico del conocimiento no podria ser colocado á la entrada de toda filosofía, ni tenido, en consecuencia, por la condicion prévia del saber. La teoría del conocimiento es en efecto una cuestion de psicología; ahora, la psicología tiene en la série de las ciencias, un lugar determinado é inmutable; no se puede hacer la teoría del hombre mental, si se ignoran las funciones y las leyes del cerebro; la psicología debe por lo mismo venir despues de la biología, como ésta viene despues de las otras ciencias jerárquicamente inferiores. "El orden científico, que no es susceptible de ninguna inversion," (1) se opone á que se haga de una cuestion ulterior y subordinada en varios grados, la cuestion primera y dominante.

¿Se dirá que el orden filosófico puede no ser el mismo que el orden científico, de manera que, habiendo sido obtenido el conocimiento psicológico, como acaba de decirse, se cambie de posicion, y se tome por punto de partida lo que fué al principio un resultado adquirido? Por razon de este cambio de posicion, se dirá que las leyes subjetivas del pensamiento son lo que juzga si las leyes objetivas del universo han sido legítimamente formadas, y que así, ese juicio está necesariamente en la base de toda filosofía, á fin de confirmar ó menoscabar su validez." (2)

Como se vé, M. Littré, con una buena fe completa, no disimula ni debilita la objecion. Hé, aquí, como contesta.

Es cierto, de hecho, que las ciencias se han constituido sin el uso de la lógica psicológica; tomando por objeto de estudio los racionios, fué como Aristóteles descubrió las fórmulas y las leyes del silogismo, y cuando uno se ha elevado á la idea de una lógica inductiva, es despues de las ciencias y estudiando sus procedimientos. Los procedimientos y los principios de la ciencia no están, pues, sometidos á una lógica que no han empleado. Fuerza es reconocer que la experiencia no se limita á recoger la experiencia bruta, y que transforma los hechos en leyes y en teorías; "pero cuando ha llegado á esa transformacion, no es á la lógica, que seria impotente para darla, á quien pide la sancion del resultado, es todavía á la observacion y á la experiencia, de manera que la juzga de la misma manera que la ha adquirido." (3) En rigor, la psicología, de la cual es un frag-

(1) Littré, *La Filosofía positiva*.

(2) Id. *ibid.*

(3) Id. *ibid.*

mento la teoría del conocimiento, no podria ocupar, como provincia de la biología, un lugar determinado en la série científica, entre la química y la historia, y ser al mismo tiempo la introduccion ó el coronamiento de la série entera. "Cierto es que los principios generales de la doctrina de la naturaleza humana están en la biología; ¿cómo podrian salir de allí, para ir á representar en otra parte el papel de coronamiento? ¿Cómo podrian ocupar dos lugares á la vez? *Hay aquí pecado contra el método; ahora la filosofía no puede separarse de su método.*" (1)

¿Lo dirémos? Razonando de esta manera, hay, á lo que nos parece, pecado contra la lógica. Ahora, no podemos conceder á la filosofía positiva, el beneficio que parece reclamar para la ciencia, é implícitamente para sí misma, de no estar sometida á la lógica. Cierto es, y nadie lo ha puesto nunca en duda, que las poéticas son posteriores á la poesía espontánea, las retóricas á la elocuencia, y los tratados sobre el silogismo y la induccion al uso instintivo del racionio; pero no por eso deja de tener la lógica una jurisdiccion universal. La cuestion que hay que resolver es ésta: ¿No colocan las ciencias inconscientemente, en sus principios y procedimientos, elementos de conocimiento que preexisten, al ménos virtualmente, á la experiencia? Se nos responde: De hecho, las ciencias se han constituido y progresado ántes que una filosofía más refinada haya planteado este problema; y continúan viviendo, y con ellas la filosofía que resume sus descubrimientos y enseñanzas, sin cuidarse de una cuestion ociosa, tardiamente puesta, y cuya solucion, negativa ó afirmativa, les importa poco, si tienen en su favor la comprobacion y garantía de la experiencia.

Nosotros reconocemos con los positivistas el derecho de las ciencias particulares para constituirse y crecer fuera de toda metafísica, fuera de la comprobacion de una lógica refleja que aplican por instinto; pero no es ésta la cuestion. Es un problema que toda filosofía está obligada á resolver, sobre todo, la que niega la legitimidad de las investigaciones metafísicas, el de saber si todas las ciencias no quedarían reducidas á un empirismo estéril, en caso que no aplicasen, siquiera de una manera inconsciente, á los objetos que estudian, ciertos principios que no vienen directa ni indirectamente de la experiencia. Los primeros que hicieron deducciones é inducciones, ignoraban las fórmulas y reglas del racionio; pero no por eso dejaban de emplear una lógica inmanente al entendimiento humano, anterior á todo descubrimiento. Podria haber sucedido que en el orden cronológico del desenvolvimiento intelectual de la raza humana, la ciencia de las leyes mentales del saber hubiese aparecido la última, sin que por eso se estuviese en el derecho de concluir que no es lógicamente la condicion de todas las ciencias que la habrian precedido. El hecho no suprime el derecho.

Pero, en derecho, se nos dice, la teoría del conocimiento, parte integrante de la psicología, no puede hacerse sino despues de la constitucion de ciencias ménos complejas de que aquella no podria prescindir; una cuestion subordinada, no puede ser al mismo tiempo cuestion dominante. ¿Qué vale esa supuesta razon de derecho?

Para el positivismo no hay ni podria haber psicología, en el sentido clásico de la pa-

(1) Littré, *La filosofía positiva*.

labra. La psicología, en efecto, procede por la observación directa del sujeto con ayuda de la conciencia; ahora, á los ojos de los positivistas, ningún conocimiento hay que no venga del objeto. Así, para hacer objetiva la teoría del hombre, se ven obligados á desmembrar la psicología, anexándola á la biología y á la sociología. En su primera obra, A. Comte, "la había condensado en algunas generalidades cuyo lugar señalaba en la filosofía biológica." Si más tarde hizo de ella "una séptima ciencia abstracta, y el coronamiento de la filosofía" es "que se dejó desviar del procedimiento que constantemente había presidido á la elaboración de su primera obra," y olvidó que la doctrina de la naturaleza humana, "relativa á un solo objeto, el hombre, es una ciencia concreta" y no una ciencia abstracta.

El desmembramiento y partición de la psicología entre la biología y la sociología ¿es materia resuelta por sí misma, como lo afirma M. Littré? No lo examinaremos aquí. Nos bastará apreciar el valor lógico de los argumentos alegados por aquellos positivistas, que parecen ser los depositarios más fieles del pensamiento científico del maestro. Pues bien; en el argumento que acabamos de reproducir con exactitud, encontramos todavía esa petición de principio, que desde el origen circula al través de todos los desarrollos del sistema, como un elemento de corrupción y ruina. Declárase que la cuestión de los orígenes y fundamentos del conocimiento no podría ser una cuestión preliminar y general, porque es una cuestión subordinada y particular, que debe venir en su hora y lugar, después que hayan sido resueltas las cuestiones jerárquicamente inferiores; y como éstas deben resolverse sin el socorro de una solución, cuyas condiciones son ellas mismas, es una prueba de que la cuestión psicológica ó crítica no tiene la importancia y generalidad que se le atribuye en las escuelas de psicología metafísica. Así lo quiere la serie científica. Pero esa distribución de las ciencias, ¿es un axioma ó un dogma? Cuando debería probarse que la serie científica es verdadera, se la invoca contra una cuestión importuna y tal vez amenazante.

Se tiene, pues, siempre el derecho de preguntarse si las ciencias que hacen profesión de sacar toda verdad del objeto, no encuentran en él algo del mismo sujeto. Mientras que el positivismo no haya respondido á ésta cuestión por un análisis crítico del conocimiento, podrá sostenerse la existencia del *a priori* contra sus negaciones dogmáticas. La filosofía positiva está tanto más interesada para sí misma en la solución de este problema, cuanto que coloca á la cabeza del saber humano coordinado, y como primera base de todo lo restante, una ciencia que todavía pasa por irrecusable testigo de la existencia de las verdades *a priori*. "La filosofía positiva, ha dicho M. Littré, al poner las matemáticas en la base de todo el orden intelectual, alumbrada de una manera muy viva nuestro entendimiento." (1) Pero hasta el día en que el positivismo haya demostrado que todas las nociones matemáticas se derivan exclusivamente de la experiencia; que el análisis matemático, el cálculo de las funciones directas, el de las funciones indirectas, el de las variaciones, la geometría y la mecánica racional, siguiendo la nomenclatura de A. Comte, son ciencias de pura experiencia, será permitido creer que si las matemáti-

(1) Littré, *La Filosofía positiva*.

cas llevan la luz á todas las ciencias más complicadas en que penetran más cada día, es porque la sacan del mismo espíritu. Ahora, esa prueba está lejos de haber sido hecha por el maestro ó por los discípulos. En la lección XV del *Curso de filosofía positiva*, Comte estableció que no se podrán deducir de nociones puramente abstractas los principios de la inercia, de la acción igual y contraria á la reacción y de la independencia de las fuerzas, pero es mucho menos explícito sobre los principios del número y de la geometría. Si afirma que "la geometría y la mecánica deben ser consideradas como verdaderas ciencias naturales, fundadas sobre la observación, aunque por la extremada simplicidad de sus fenómenos, permiten un grado infinitamente más perfecto de sistematización, que ha podido hacer desconocer alguna vez el carácter experimental de sus primeros principios," está lejos de atribuir ese carácter experimental al cálculo propiamente dicho, "extensión admirable de la lógica natural, dice, que constituye el instrumento más poderoso que el espíritu humano pueda emplear en la investigación de las leyes de los fenómenos. (1) Más tarde, en su segunda filosofía, identificó la lógica y las matemáticas, cuyos principios designó con el nombre de *leyes intelectuales*. M. Littré no ha aceptado ese cambio de nombre y de punto de vista, sosteniendo que todo, en el saber positivo, aun la matemática, se deriva de la observación y la experiencia. "La matemática, dice, á pesar de su carácter abstracto, no escapa á esa condición: uno y uno hacen dos, es un hecho de observación, y el punto de partida de la más larga y bella deducción que haya sido dado al hombre recorrer, deducción que, recorrida en sentido inverso, no es, como se nota luego, sino transformación de observaciones." (2) Pero si esto es así, ¿cómo explicar el carácter de universalidad y necesidad inherente á las verdades matemáticas? Tal vez sobre este punto, remitiría de buena gana M. Littré á los célebres análisis de Stuart Mill; pero Stuart Mill es de una escuela que M. Littré llama, unas veces prima hermana, y otras, adversaria temible de la filosofía positiva. La respuesta que da á la cuestión que acabamos de plantear, no podría, á lo que nos parece, satisfacer plenamente á un positivista ortodoxo; porque reposa, como veremos luego, en el análisis mental de las condiciones del pensamiento, rechazado por los discípulos de A. Comte.

Se ha dicho del positivismo, hablando de sus doctrinas sociales y políticas, que era un catolicismo sin cristianismo. (3) Juzgándole desde el punto de vista en que aquí tenemos que considerarle, podemos decir que es un dogmatismo sin crítica. Asienta tesis sin establecerlas, y esas tesis son de tal naturaleza que no podría hacer su prueba sin abandonarlas. Podemos, pues hacer á un lado la condenación que pronuncia contra la metafísica.

(1) Lección XV.  
 (2) Littré, *La Filosofía positiva*.  
 (3) Huxley, *Lay Sermons*.

las causas ocultas, é intentado explicar todo en el mundo de los cuerpos por las leyes del movimiento? Mucho tiempo hace que han sido abandonadas las explicaciones de pormenor; pero la concepcion general permanece siempre, y es el término á que parecen tender cada día más las ciencias positivas de la naturaleza. ¿No es siempre á la metafísica á quien esas ciencias son deudas de la idea de una evolucion universal, que haria salir los séres unos de otros sin la accion de ningun poder sobrenatural? En otro orden de ideas ¿no es á la metafísica á quien la ciencia positiva de las sociedades debe las nociones del derecho y del deber, de la libertad y de la igualdad civiles y políticas; y los esfuerzos del método experimental, aplicado en nuestros dias al gobierno de los hombres, ¿no tienden á hacer pasar del dominio especulativo á los hechos, esas ideas metafísicas y las consecuencias que de ellas emanan? No seria, pues, del todo unaparadoja, decir que todas las ciencias positivas tienen por objeto hallar y confirmar por la experiencia las intuiciones *a priori* de la metafísica.

Pero la escuela positivista conoce demasiado bien la historia del desarrollo intelectual de la humanidad, para disputar á la metafísica el honor de haber inventado é inaugurado la mayor parte de las ideas generales, que explotadas en nuestros dias con los instrumentos de la experiencia, hacen la fortuna de las ciencias positivas. Así, cuando declara que esas ciencias no toman nada de la metafísica, quiere decir que en ellas nada es *a priori*, que sus principios y procedimientos no ocultan ni implican ninguna de esas afirmaciones primeras, que serian su "alma y enlace" segun una expresion de Leibniz y de que harian uso sin conocerlos, lo mismo que al andar nos servimos de nuestros músculos y de nuestras articulaciones, sin pensar en ellos ni saber su mecanismo.

Así, en las ciencias positivas nada hay *a priori*, proposicion, como hemos visto, de la más alta importancia, y á cuyo establecimiento sólido debe tender el primero y más grande esfuerzo de una doctrina para la cual ha pasado el tiempo de la metafísica. Sin embargo, en lugar de pruebas se presentan sólo afirmaciones. Augusto Comte admitia como verdad evidente que todo conocimiento deriva de la experiencia. Más versado que su maestro en la literatura metafísica, M. Littré sabe los debates siempre abiertos á que ha dado lugar entre los filósofos, la cuestion del origen del conocimiento; conténtase, sin embargo, con multiplicar también las afirmaciones. "Nada hay, dice, en el saber positivo, que no sea una trasformacion de la observacion y de la experiencia."

Pero si hay conocimientos empíricos que se *transforman*, ¿cómo se verifica la metamorfosis? Y puesto que se han transformado, parece que han cesado de ser empíricos. ¿No hay lugar entónces de preguntarse si en ellos no ha introducido el entendimiento algo de su parte?

"Examinando los elementos de que se componen la comparacion, la clasificacion y la filiacion (procedimientos del descubrimiento segun A. Comte), se reconoce que no son otra cosa que la observacion y la experiencia elevadas á grados superiores de complicacion."

Pero ¿esa complicacion creciente y ese progreso, son el resultado de la sola experiencia, ó no debe verse allí el indicio de alguna intervencion extraña á la misma experiencia?

"La induccion es de un uso perpetuo en el dominio científico; inducir es obtener hechos generales con ayuda de los particulares. Una vez obtenidos esos hechos generales, se convierten en una fórmula de la cual se puede deducir ó inducir de nuevo. Pero el solo nombre de hechos generales, dado á los resultados de la induccion, manifiesta que allí tambien estamos en presencia de la observacion y de la experiencia transformadas. Así, pues, la experiencia y la observacion, directa ó indirectamente, son el origen de todo en la ciencia positiva, y por consiguiente en la filosofía positiva."

Pero, ¿qué quiere decir esa expresion *hechos generales*, por la cual se designan las relaciones invariables de los fenómenos? (1) ¿No es acaso contradictorio? ¿No tiene por carácter esencial un hecho, el ser localizado en un instante del tiempo y en un punto del espacio? ¿Una ley, por el contrario, no es verdadera bajo las mismas circunstancias, en todo el tiempo y en todo el espacio? ¿Quién nos autoriza á traspasar los límites de la experiencia para extender á todo ese espacio y á todo ese tiempo, que se abren sin fin en derredor y delante de nosotros, los resultados de una observacion siempre limitada? Una vez establecidas las fórmulas de las leyes ¿qué quiere decir deducir é inducir de ellas nuevas leyes? Esas operaciones, inversas entre sí, ¿dependen únicamente de la experiencia, ó no suponen por el contrario principios *a priori*? Hé, aquí, otras tantas cuestiones que quedan sin respuesta. Por una especie de compromiso entre las exigencias de la teoría y las del entendimiento, se llama á las leyes *hechos generales*, y se concluye de aquí que "el solo nombre de *hechos generales*, dado á los resultados de la induccion, manifiesta que allí tambien estamos en presencia de la observacion y de la experiencia transformadas." ¿Hubo alguna vez círculo vicioso más manifiesto? La cuestion permanece, pues, íntegra. ¿Los principios de las ciencias positivas no implican principios *a priori*?

Así estrechado el positivismo puede oponer á esta cuestion una doble eliminacion. Seria, en efecto, dos veces contrario á las proposiciones que son la base de la filosofía positiva, el emprender con los métodos familiares á la psicología comun, el análisis crítico de los conocimientos, haciendo de ellos un preliminar obligado de la ciencia.

Todo saber verdadero es objetivo; por consiguiente, no podria colocarse la psicología á la entrada de la ciencia. "Cuando en la escuela positiva filosofamos, dice M. Littré, quiere decir que abrazamos en un orden jerárquico los principios generales de la matemática, de la física, de la química, de la biología y de la historia, teniendo así por las cumbres todo el saber humano. Cuando en la escuela psicológica se filosofa, quiere decir que se ha construido la teoría de las ideas, teniendo así el encadenamiento de las condiciones mentales bajo las cuales se conoce. Antes de M. Comte, nadie habia pensado que se pudiese hacer una filosofía cuyos principios fuesen del objeto (comprendido el hombre bajo forma de sér viviente) al sujeto. Toda la filosofía era subjetiva, es decir, que sus principios iban del sujeto al objeto." (2) Ahora, el análisis crítico de los conocimientos humanos es obra subjetiva en primera línea; no puede, pues, encontrar cabida en una doctrina que, en lugar de ver realidades en las concepciones que el espíritu apli-

(1) Littré, *La filosofía positiva*, número 1.

(2) Id. *ibid.*